

Testimonios del **MADRID MEDIEVAL**



EL MADRID MUSULMÁN



TESTIMONIOS DEL
MADRID MEDIEVAL

EL MADRID MUSULMÁN



MUSEO DE SAN ISIDRO

Madrid 2004

SERIE CURSOS Y CONFERENCIAS. Museo de San Isidro, 2
Testimonios del Madrid Medieval. El Madrid Musulmán

Esta publicación recoge los textos de las conferencias que bajo el mismo título se celebraron de mayo a junio del año 2002, organizadas por el Museo de San Isidro.

Coordinación del ciclo de conferencias y de la edición

ARACELI TURINA GÓMEZ
SALVADOR QUERO CASTRO
AMALIA PÉREZ NAVARRO

Gestión y administración

ÁNGEL LUIS PÉREZ BLANCO
ARACELI HERNÁNDEZ MORENO
ANA ISABEL VÁZQUEZ GONZÁLEZ
CARMEN ROMÁN MOLINA
DOLORES MANZANAL ORTEGA

© 2002 Museo de San Isidro
© 2002 Los autores de las conferencias

Diseño: VÍCTOR DEL CASTILLO
MARÍA JOSÉ LÓPEZ
Impresión: LITOCENTER, S.A.

ISBN: 84-7812-582-5
Depósito Legal: M-50913-2004

TESTIMONIOS MATERIALES DEL MADRID ANDALUSÍ

MANUEL RETUERCE VELASCO

Universidad SEK de Segovia

INTRODUCCIÓN

Con palabras de N. Pounds (1992: 13), la vida del hombre de toda sociedad preindustrial -como lo fue la medieval y, en concreto, la omeya andalusí desarrollada en Madrid a lo largo de casi cuatro siglos- es un compuesto de unas necesidades fisiológicas -comida, cobijo y el abrigo corporal que el clima exigía-, de unas aspiraciones intelectuales y de unos temores. En general, dicha sociedad estuvo totalmente dominada por la inseguridad y el miedo, siempre amenazada por los fantasmas del hambre y la enfermedad. Todo ello como consecuencia de las cíclicas malas cosechas, de las plagas y demás calamidades naturales. Además de ellas, estaban los peligros más artificiales de las guerras, revueltas, pillajes, asaltos, robos y la muerte en los caminos o en el hogar. En buena lógica, era una sociedad violenta a la que los gobernantes -cuando no eran ellos mismos los propios causantes-, aunque lo intentasen, muy poco podían remediar -construyendo lugares de oración, impulsando las obras públicas, levantando defensas, regulando los abastos, etc.-. A la postre, el individuo sólo podía protegerse mediante la ayuda que le proporcionaban sus parientes -familia, clan, tribu- y la comunidad de la aldea, pueblo o ciudad en que vivía.

Además de los datos recogidos en las escasas fuentes escritas que nos han llegado, la sociedad andalusí nos dejó múltiples y variados testimonios materiales o arqueológicos de la respuesta que se pudo dar en aquellos tiempos medievales a la resolución de las mencionadas constantes históricas de la vida del hombre preindustrial. Manifestaciones que, en definitiva, constituyen un jalón de importancia capital en el discurrir de la Historia peninsular.

Sin embargo, en el concreto caso madrileño, aunque algunos de ellos son bastante notables, no son muchos los testimonios materiales que nos han llegado del primitivo Madrid (Mayrit) andalusí (ss. VIII-XI). El devenir histórico que hizo que esta ciudad meseteña se convirtiera por decisión de Felipe II en la capital del Estado, a partir del siglo XVI, provocó la destrucción casi absoluta de las construcciones andalusíes y demás testimonios materiales que hubieran podido seguir en pie o subsistir a lo largo de los siglos bajomedievales castellanos; las cuales, de todas formas, no debieron ser tampoco muchos en aquellos momentos.

En cualquier caso, todos los testimonios madrileños conservados, de una u otra forma, aportan datos muy interesantes sobre las actividades de los habitantes de esta localidad andalusí durante la alta Edad Media peninsular. De una vida que era fiel reflejo, salvando las lógicas diferencias locales, de lo que sucedía en esa misma época en otros lugares del resto de la región, en particular y de al-Andalus en general.

Para su conocimiento, aparte de los importantes restos de sus defensas conservados en diferentes áreas del casco histórico de la ciudad, sobre todo en su ángulo suroccidental, sólo contamos con las escasas referencias escritas relativas a este aspecto y, fundamentalmente, con los datos proporcionados por la documentación arqueológica mobiliaria.

EL SOLAR

En principio, y sin entrar aquí en el debate sobre los orígenes premedievales de la actual capital de España (RETUERCE, 1999-2000: 240-3), parece que el primitivo Madrid andalusí -muy probablemente ya antes de mediados del siglo IX- se formó a partir de dos núcleos básicos: el del alcázar y el de la medina, que se desarrollaban sobre dos pequeños oteros de la cornisa oriental del Manzanares. Separados por una pequeña vaguada o declive del terreno -Cava de Palacio-, los dos cerros se encontraban fortificados, a lo que parece, de manera independiente. Con el tiempo, posiblemente antes de la conquista castellana de la ciudad, ambos núcleos se debieron de unir mediante dos nuevos tramos de

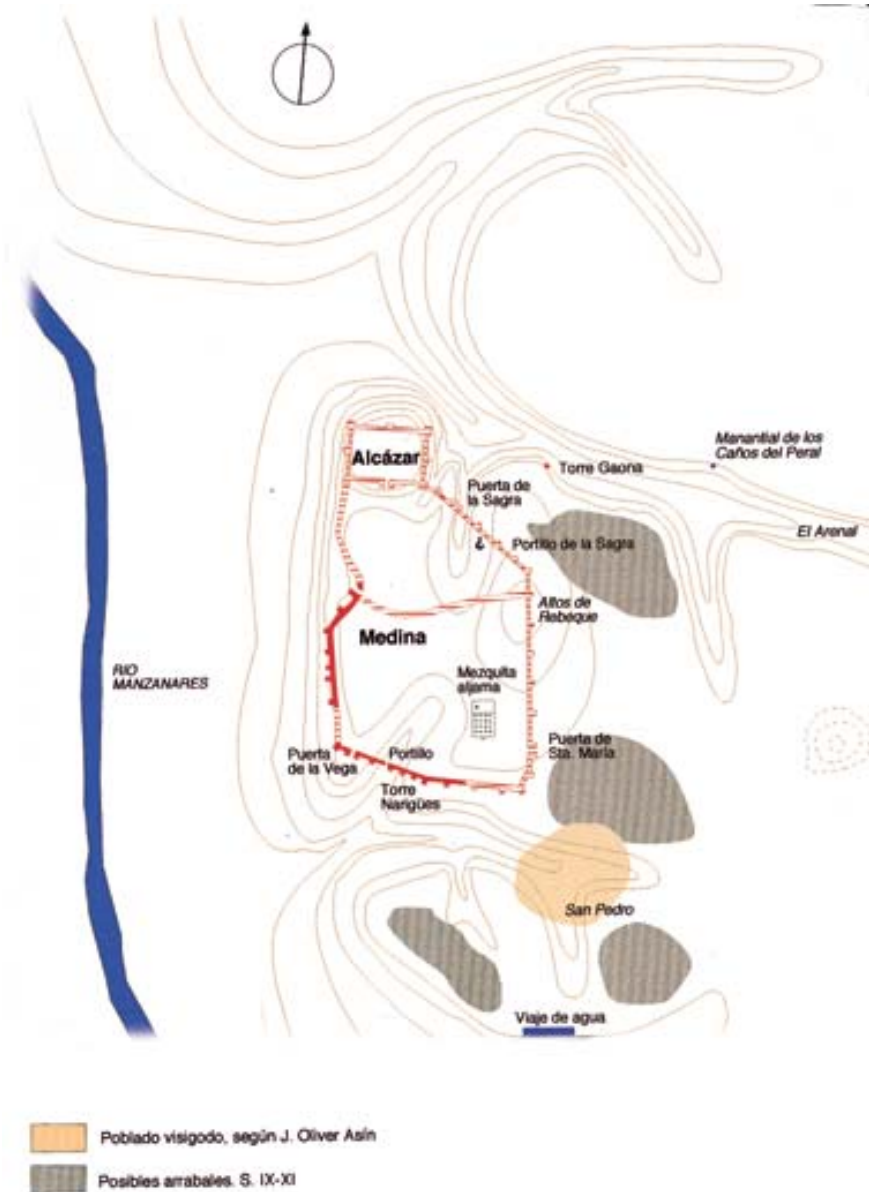


Fig. 1- Croquis del Madrid andalusí.

muralla, uno a oriente -cabalgando por los Altos de Rebeque- y otro a occidente -cerrando la terraza del manzanares a lo largo del barranco del Campo del Moro- (*fig. 1*).

En cierto sentido, el asentamiento madrileño sigue el modelo regional más generalizado en cuanto a la ubicación y disposición de los poblados andalusíes de ese período -entre otros, son ejemplos de ello: Alcalá la Vieja (Alcalá de Henares) (ZOZAYA, 1983), Calatalifa (Villaviciosa de Odón) (RETUERCE, 1984), Paracuellos de Jarama, Ribas de Jarama, Olmos o Canales- (RETUERCE, 1999-2000: 246). En una primera etapa de la ocupación islámica de la zona, el aprovechamiento, en todos estos lugares, de un barranco o foso natural evitaba la construcción de un foso artificial, necesario para aislar el recinto militar del castillo con respecto a la población civil que habitaba en la colina o cerro contrario. De este modo se ponía un cierto obstáculo a las sublevaciones y revueltas que con relativa frecuencia mantenía la población beréber, habitante principal de toda esta región, contra el representante del poder central cordobés, instalado en la fortaleza del cerro más extremo y aislado.

En cuanto a su posición, lo que en mayor medida diferencia a Madrid de las mencionadas poblaciones es que sus dos cerretes nucleares se encuentran a bastante distancia y dispuestos en paralelo al río Manzanares. En los otros lugares, por contra, los dos cerros se emplazan en sentido perpendicular al curso fluvial y, más en concreto, el que ejercía como sede del poder local se situaba justo en el mismo borde del río, contando con una más o menos relevante fortificación -su emplazamiento fue tan extremo que casi todos estos lugares han ido viendo cómo, a lo largo del tiempo, cada uno de los respectivos ríos lamía y socavaba de modo constante el correspondiente cerro, lo que ha provocado que una buena parte de sus volúmenes haya desaparecido-.

A lo largo del tiempo, pero sobre todo durante el siglo XI, según los datos cerámicos encontrados, el Madrid andalusí se fue acrecentando con nuevos barrios o arrabales situados a extramuros. Sin estar fortificados -lo fueron durante el siglo XII, tras la conquista castellana-, estos arrabales nacían



Fig. 2- Atalaya de los Caños del Peral. (Torre Gaona). Planta.

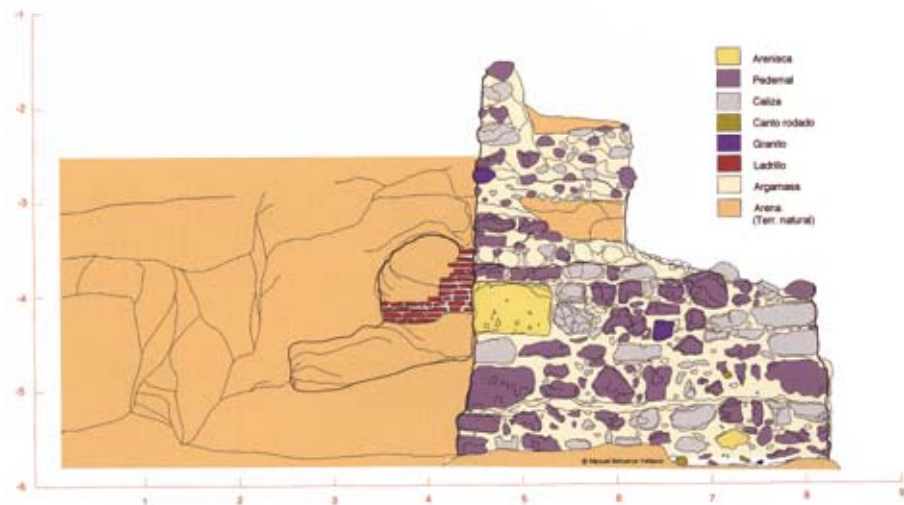


Fig. 3- Atalaya de los Caños del Peral. (Torre Gaona). Alzado Norte.

a partir de algunas casas de labor o granjas que se situaban a uno y otro lado de las múltiples barranqueras del solar madrileño y junto a los caminos que llegaban a la ciudad: Vistillas, Puerta Cerrada, Santiago, etc. (*fig. 1*).

Precisamente, y en directa relación con el arrabal de Puerta Cerrada, pudiera haber estado la necrópolis musulmana de la Pza. de la Cebada -por comunicación verbal, sabemos de su hallazgo durante las obras realizadas en el mercado del mismo nombre-. Pero, debido al ocultamiento de la noticia, que nunca pudo ser confirmada, hay dudas de si puede atribuirse a la población musulmana madrileña de este período o a la mudéjar bajomedieval. Muy cerca de esta necrópolis, en la Pza. de los Carros, apareció un pequeño ramal de un *qanat* o viaje de agua, sobre el que más tarde nos detendremos. Quizás en directa relación con él, pues se localiza a muy pocos metros de la conducción, estaba una cueva abierta en el

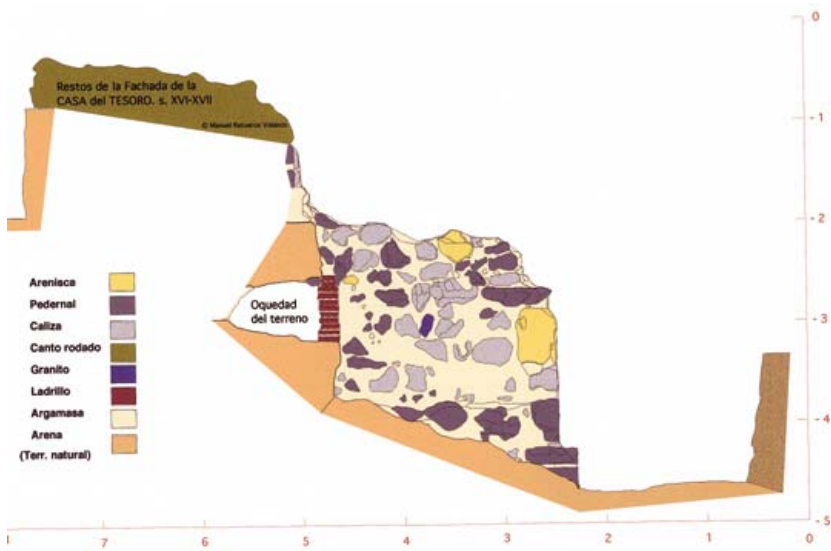


Fig. 4- Alatalaya de los Caños del Peral. (Torre Gaona). Alzado Este.

terreno de arena y arcilla a la que se accedía a través de varios escalones, que es casi el único indicio de habitación atribuible a esta época.

Por la advocación que más adelante adoptó la principal iglesia del Madrid cristiano, Sta. M^a de la Almudena, siempre se pensó que ésta había ocupado el espacio de la antigua mezquita mayor (*aljama*) de la ciudad, que, a su vez, había hecho lo propio con un hipotético templo del período visigodo. Según era costumbre, tras la conquista cristiana, las mezquitas mayores de cada ciudad andalusí se consagraban como sedes de las iglesias principales, generalmente con la titulación de Sta. María. Es el caso de Madrid. Estas sucesivas transformaciones de un mismo espacio religioso constituyen un ejemplo más de la permanencia de un “lugar sagrado” a lo largo de los siglos, sólo roto, en el caso madrileño, cuando en el siglo XIX se derribó el antiguo edificio religioso para convertirse en una manzana de

viviendas, trasladándose la advocación de Sta. M^a de la Almudena al solar vecino, donde hoy se sitúa la actual catedral madrileña.

La existencia de una mezquita principal en Mayrit, implica, lógicamente, la existencia de unas mezquitas que atendieran las necesidades de cada barrio. Como reflejo de lo que sucedió con la mezquita mayor, se ha querido ver en muchas de las posteriores parroquias cristianas su antecedente como mezquita. Pero, como afirma J. González (1975), hay que señalar que: *“con muy pocas excepciones, en todas las poblaciones, las iglesias nacen con la llegada de los cristianos del norte”*. Del mismo modo, se ha supuesto que otras de las primeras iglesias del Madrid castellano habían sido durante el período islámico las parroquias de los mozárabes. Aunque en la ciudad había permanecido una población cristiana durante esos cuatro siglos de mandato árabe, no está plenamente confirmado este hecho. Es bastante probable, pero, en todo caso, serían muy pocas. De este modo, la tradición ha venido considerando a la iglesia de San Andrés como la parroquia de los mozárabes madrileños. Aunque, como muy bien dice J. González (1975), *“no sería normal que los castellanos, que no estaban muy sobrados de recursos en el siglo XII, derribasen sin necesidad lo existente”*; en este caso, los edificios religiosos. Pudo ser el caso de la probable mezquita que se transformó en la iglesia de El Salvador -hoy derribada y que estaba junto a la actual Pza. de la Villa-, tomando la advocación que en las ciudades castellanas se solía reservar a la segunda iglesia en importancia.

Parece que el espacio de la antigua medina andalusí, conocida después de la conquista como la almudena, conservó, sin apenas alteración hasta el siglo XVI, su trama y estructura, con zocos, baños, hornos, tenerías, talleres, etc. La única zona que se vio algo alterada durante el resto de la Edad Media fue la más cercana al alcázar, a diferencia de la más próxima a la Puerta de la Vega, donde, incluso, algún sector permaneció inalterado hasta el siglo XIX. En las manzanas de casas del plano de Espinosa de los Monteros se puede ver todavía esta estructura medieval, probablemente muy similar a la que hubo en época islámica. M. Montero

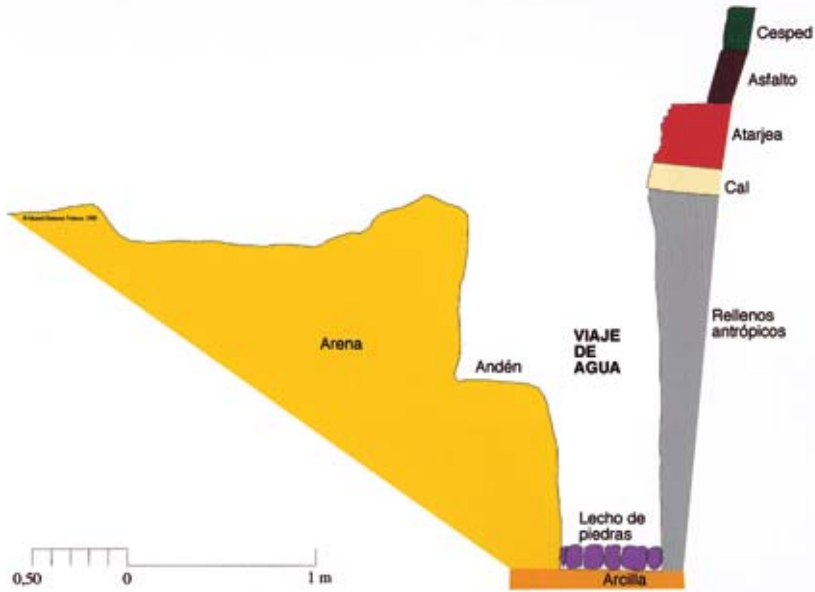


Fig. 5- Viaje de agua. Pl. de los Carros. Sección.

(1988) distingue en ella tres calles, más o menos angostas y tortuosas, que servían de auténticos ejes para articular el apiñado núcleo urbano. La principal, que unía las puertas de la Vega y de Sta. María, será conocida tras la conquista como la c/ Real de la Almudena -último sector de la actual c/ Mayor-; constituía el eje O-E. El eje S-N se formaba por medio de una serpenteante calleja -conocida más adelante como del “arco de Palacio”- que, con nacimiento en la anterior, cerca de la mezquita mayor, se dirigía hacia el alcázar a través del arroyo de Tenerías Norte. Ambas calles son las que nombra un documento de 1152, donde se cita por vez primera la “almudena”, para situar un solar que dona el Arzobispo de Toledo: “... *et ex aliis partibus sunt viae, una que ducit ad ackacer, et ex altera parte ad portam albegam*”. La tercera calle importante -“carril” la denomina M. Montero- era la que, a través del barranco de la Cava, comunicaba la anterior con la Puerta de la Sagra. A estas tres calles iban a parar,

desordenadamente y formando plazoletas, el resto de las callejas de la ciudad.

Según resalta J. Oliver (1958), en Madrid se conservó algún topónimo de origen árabe. Así, en el Fuero de la Villa aparece el término *almuzara*, que parece corresponder a un lugar de esparcimiento donde se hacían juegos y torneos, normalmente llano y cercano a algún río. En concreto, Oliver Así lo sitúa en el “Campo del Moro”, entre el alcázar y el Manzanares; una amplia franja de terreno en la que, en uno de sus extremos, al pie de la cuesta de la Vega y a lo que parece retomando su antiguo uso, estuvo lo que se llamaba *La Tela* en tiempos de los Austrias, -un campo señalado para justas y torneos-.

LAS FORTIFICACIONES

La muralla islámica madrileña no sólo es el más importante monumento islámico de la provincia, sino también el de mayor antigüedad existente en Madrid. Sin embargo, a pesar de ello -o tal vez, debido a esa misma razón-, sus espectaculares restos casi nunca han sido suficientemente valorados por los organismos públicos para que formen parte los circuitos turísticos y divulgativos de la ciudad y, lo que es aún peor, para que dejen de ser protagonistas del perenne estado de





Lám. 1.- Maqueta de Madrid. 1831. Gil del Palacio. Museo Municipal de Madrid. Zona de la Cuesta de la Vega.



Lám. 2.- Muralla omeya de Madrid. Cuesta de la Vega.

abandono en que se encuentran, y testigos de la total desidia e incultura que campa frente a ellos.

Por fortuna, sobre la excavación del foso con el que se asociaba la muralla en algún punto de su recorrido, contamos con la evocadora y famosa anécdota del hallazgo de restos de animales prehistóricos. Transmitida a lo largos de los siglos, el recopilador al-Himyari (ed. 1963, 359-360) así nos cuenta el hecho: *“Ibn Hayyan ha mencionado en su Historia el foso que fue excavado en el exterior de la muralla de Madrid, y dice a propósito de él: “Cavándolo, se encontró una tumba que contenía un cadáver gigantesco, de 51 codos de largo, es decir 102 palmos, desde el cojín que sostiene la cabeza hasta la planta de los pies. Esto fue confirmado por una carta del cadí de Madrid, que había ido a verlo en persona, así como por sus testigos instrumentarios. Este magistrado declaró que el volumen de la caja craneana de este cadáver podía calcularse en 8 arrobas, poco más o menos. Gloria a Aquél que ha puesto su señal en todas las cosas”.*

Antes de describir el recorrido de la muralla, hay que advertir que, de momento, los únicos tramos que se conservan atribuibles con certeza al período andalusí se encuentran situados al final de la c/ Mayor, en la Cuesta de la Vega (CABALLERO & *alii*, 1983) y en la cornisa de la Pza. de la Armería, pues gran parte de las estructuras defensivas encontradas recientemente allí se atribuyen a esta época (ANDREU, 2002). Otro resto defensivo importante que hay que citar es el de la atalaya conservada en la Pza. de Oriente (RETUERCE, 2001) que, aunque no estaba integrada materialmente en las propias murallas, sí que formó un conjunto táctico con ellas en el momento en que se levantó. Por todo ello, las diferentes localizaciones de los demás tramos que configuraban su recorrido no dejan de ser meras hipótesis. Entre todas ellas, la más factible es la propuesta en su momento por M. Montero (1987; 1988). Pero tendría que completarse con los datos arqueológicos, aún por desarrollar y presentar con mayor amplitud, aparecidos en la Pza. de la Armería (*fig. 1*).



Lám. 3.- Canal del Viaje de agua. Pl. de los Carros.

Al no tener ningún testimonio de cómo sería el antiguo alcázar árabe, se ha supuesto su planta a partir de la rectangular que tuvo más adelante el alcázar de los reyes castellanos y de la Casa de Austria -desaparecido a su vez tras el incendio sufrido en la Nochebuena de 1734 y reemplazado por el Palacio Real actual-. Sin descartar la planta rectangular, por otro lado típica durante la fase omeya en otros lugares de al-Andalus, pensamos que la fortaleza madrileña, a semejanza de los restos existentes en otras pobla-

ciones vecinas, tenía una disposición irregular, adaptándose en todo momento al terreno en que se levantó. De todas formas, a modo de hipótesis, antes de la construcción de este castillo en el actual cerro de Palacio, en una primera etapa del asentamiento árabe madrileño, pudo haber existido una fortificación de menor entidad, bien en la misma posición o en el vecino cerro donde se desarrolló la medina.

El núcleo de la medina omeya madrileña -denominado a partir del siglo XII, tras la conquista castellana, como *almudena* y ya con una función de ciudadela (RETUERCE, 1999-2000: 250)-, se desarrolló en el cerro vecino al del alcázar. De mayor extensión que éste último, estaba totalmente rodeado de una fuerte y alta muralla, de la que aún podemos apreciar importantes vestigios (TORMO, 1945; LÓPEZ, 1970; CABALLERO & alii, 1983; RETUERCE, 1985; 1999-2000; PRIEGO & RETUERCE, 1985; RETUERCE & PONCE DE LEÓN, 1989).

En esta muralla, la Puerta de la Vega funcionaba como acceso de la medina hacia el río por medio de un empinado camino. J. de la Quintana (1629) así nos la describe: *“La Puerta de la Vega duró hasta nuestros tiempos; miraba al Occidente, que por descubrirse desde ella una gran vega a la parte del río, tomó de ella el nombre. Era también angosta y estaba debajo de una fuerte torre caballera; tenía dos estancias, y en hueco de la de adentro había dos escaleras a los dos lados, en cada uno la suya,*



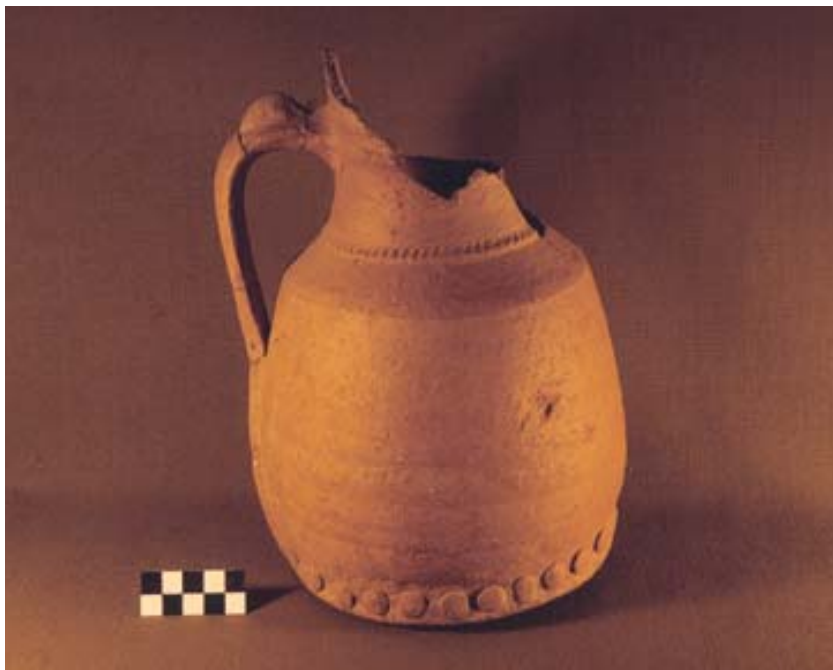


Lám. 4.- Conjunto de "silos" tras su excavación. C/ Angosta de los Mancebos, 3.

muy angostas, por donde se subía a lo alto. En la de fuera había en el punto del arco un agujero, donde tenían de secreto una gran pesa de hierro, que en tiempo de guerra, con algún trabuco o torno dejaban caer con violencia, haciendo a los que hallaban debajo mil menuzos. En medio de las dos estancias estaban las puertas, guarnecidas con una recia hoja de hierro y una muy fuerte de clavazón". Obedecía a un sistema clásico de puerta islámica, con entrada recta con arco de herradura entre dos torres de planta cuadrada unidas por un maticán, con dos tramos en el pasaje hacia

el interior -lo que él llama torre caballera, haciendo de dos torres una única, al estar comunicadas en altura por este matacán-, y aparejada con grandes sillares de pedernal (RETUERCE, 1999-2000: 247).

El tramo que seguía a continuación de esta puerta ha sido de los mejor reflejados de toda la muralla madrileña, pues en casi toda la documentación gráfica o planimétrica existente -desde Hoefnaegel o Teixeira, hasta Ibáñez de Ibero, pasando por la maqueta de Gil de Palacio (1831) (*lám. 1*)- se recoge con bastante fidelidad la situación en que se encontraba. Las excavaciones arqueológicas realizadas en toda esta zona pusieron al descubierto 55 m de su longitud, que, unidos a los encontrados en 1953 en



Lám. 5.- Jarro, Engalba roja. Decoración incisa y aplicada. Cuesta de la Vega.

las fincas vecinas de las c/ Mayor y Bailén, han permitido dejar a la vista cerca de 115 m del recorrido de la muralla.

Se trata de un formidable conjunto compuesto por varias torres de planta rectangular y por un pequeño portillo adintelado situado junto a una de ellas (*lám. 2*). De las seis torres que existieron en este tramo, hoy sólo son enteramente visibles cuatro de ellas. En esta parte, el recinto se construyó siguiendo la ladera del barranco de la c/ Segovia, adaptándose a la topografía de la colina. Para dar mayor firmeza a la muralla se aplicó el típico sistema islámico de la “zarpa”. Las pequeñas torres, macizas y hechas a modo de contrafuertes, tienen unas dimensiones de alrededor de 2,40 m de saliente y 3,40 m de ancho. Al exterior, y en su parte baja, el aparejo está formado por grandes sillares de pedernal dispuestos “a sogá”. Sin que exista una clara línea de diferenciación, éste cambia en la parte alta, tanto en el material empleado -sillares de caliza o “piedra de Colmenar”, con algunos de pedernal- como en su colocación -“a sogá y tizón”. Al interior, el aparejo también es distinto, pues todo él está formado por un sillarejo de grandes bloques de pedernal con enripiado del mismo material (RETUERCE, 1999-2000: 247-8). En este sector se ha venido localizando la torre Narigüés o del Pozacho, que E. Tormo (1945) pensó que podía tratarse de una torre *albarrana* -exterior al recinto pero unida a él- y que nosotros consideramos como una de las torres de la muralla que afortunadamente se han conservado (RETUERCE, 1999-2000: 249).

Continuando su recorrido, a partir de una de estas torres -la de Narigüés-, la muralla quebraba su dirección hacia el palacio de Uceda o de los Consejos -por noticias orales, sabemos que en sus sótanos aún se conservan restos de la antigua muralla-. A partir de aquí torcía hacia el norte. En este punto, aproximadamente en el cruce de la actual c/ Mayor con la c/ Sacramento, se situaba la llamada “puerta o arco de Santa María”, derribada en 1569 para ensanchar el paso con ocasión de la entrada en Madrid de Doña Ana de Austria, esposa de Felipe II. López de Hoyos nos dejó su descripción: *era una torre caballero fortísima, de pedernal, y estaba tan fuerte que con grandísima dificultad muchos artífices con*



Lám. 6.- Anafre.
C/ Angosta de los Mancebos, 3.



Lám. 7.- Taza. Decoración de trazos rojos verticales.
C/ Angosta de los Mancebos, 3.

grandes instrumentos no podían desencajar la cantería, que entendieron que no era pequeño argumento de su antigüedad". Como la de la Vega, parece que se trataba de una puerta con entrada recta encuadrada entre dos torres.

Desde aquí, seguía en dirección norte, por mitad de las manzanas 435 y 436 de la Planimetría General, entre las c/ del Factor y San Nicolás. En el plano de Teixeira, en los Altos de Rebeque, se ven varias torres -entre las que destaca una, alta y fuerte de planta cuadrada- que podían pertenecer a la fortificación de este período. Tras descender desde estas alturas -el punto más elevado de la medina-, la muralla cortaba directamente hacia el oeste. En algún punto de este tramo se encontraba la Puerta de la Xagra, por la que se daba acceso al vecino cerro del alcázar y a la hondonada de los Caños del Peral, al norte. Al oeste, la muralla se asomaba al gran barranco que da al Campo del Moro mediante la erección de varias torres cuadrangulares (ANDREU, 2002: (fig. 3) (fig. 1).

Retomando la cuestión del cierre de los cerros de la medina y del alcázar por medio de una muralla, en la intervención arqueológica de la Plaza de Oriente aparecieron los restos de una gran cimentación de cronología islámica. Sus grandes dimensiones -de 2 m de ancho, y con cerca de 3 m de lo que fue su potencia original- indican que podrían



Lám. 8.- Jarro. Decoración de trazos rojos diagonales. Cuesta de la Vega.

corresponderse con los de una estructura defensiva. Exactamente, a los del sector de la muralla más cercano al alcázar (RETUERCE, 1999-2000: 250). Su disposición -con cajeados longitudinales realizados en el terreno natural- apunta claramente a que el trecho de la muralla que bajaba desde los Altos de Rebeque se adaptó a la ladera mediante tramos escalonados. Desde el siglo XVI, a causa de los continuos desmontes realizados en esta zona, desaparecieron tanto la colina de los Altos de Rebeque como las estructuras de población y las defensivas que allí se hubieran podido localizar. Por ello, en la intervención arqueológica sólo se pudo encontrar el fragmento más profundo de una pequeña parte de los cimientos de lo que fue un tramo de la antigua muralla islámica que unió la medina con el alcázar.

Para finalizar con lo referido a los restos de las defensas del Madrid islámico, en el sector de los Caños del Peral -actual Pza. de Isabel II-, cerca de donde se localizaba la Puerta de Balnadú, perteneciente al recinto de época cristiana, se ha venido situando la segunda de las dos torres de Madrid de las que se conocía su nombre -la otra es la ya vista de Narigüés, en la primera muralla islámica-: la “Torre Gaona” o de “Alzapierna”. Por las descripciones que de ella hacen los autores del s. XIX, parece que podría tratarse de una torre exterior a la muralla. Precisamente en este sector, en las excavaciones arqueológicas realizadas en la Plaza de Oriente, en el mismo borde del barranco del Arenal, se encontraron los restos de una torre de planta cuadrangular, que se podría relacionar con la torre Gaona (figs. 2. 3 y 4). Datada en época islámica -fines del s. XI-, dicha torre se encontraba aislada, al exterior de las murallas de la medina islámica, con la finalidad de controlar de mejor forma el camino que desde el río ascendía por el barranco del Arenal, además de las huertas que pudieran existir en la zona. Levantada en un punto intermedio entre el alcázar omeya -situado al oeste- y las importantes fuentes de agua de los Caños del Peral -al este-, su construcción pudo estar motivada por el inminente peligro que en aquellos momentos suponía el avance castellano hacia los territorios del Reino de Toledo.

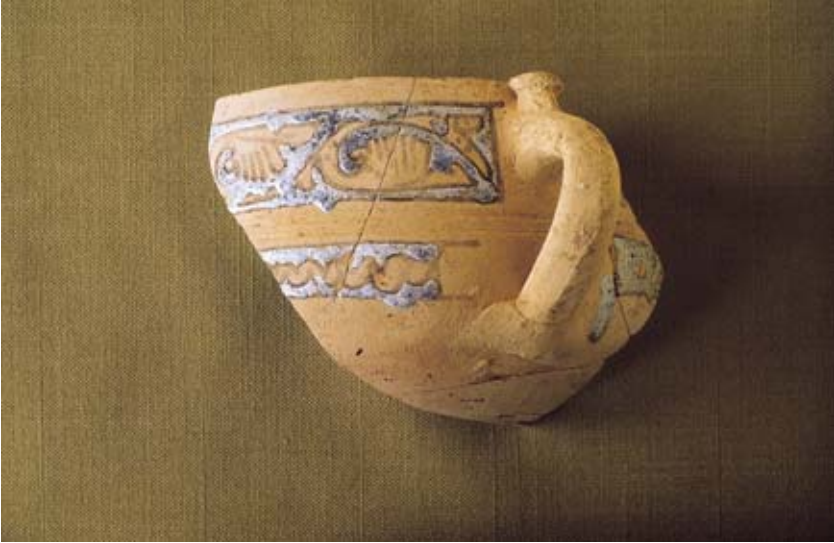
LOS VIAJES DE AGUA

Lo que en verdad dio verdadera vida a Madrid, y que a la larga sería el hecho decisivo en un lejano futuro para ser elegida como capital del Reino, fue el haber sabido aprovechar la naturaleza de su solar. En concreto, la estratificación de sus capas geológicas, alternativamente permeables e impermeables para la captación del agua. Aunque en Madrid se usaron las norias de sangre para tomar el agua -según han podido confirmar los arcaduces encontrados en las distintas excavaciones realizadas-, el principal suministro procedía de los “viajes” o minas que, desde un lugar más o menos próximo de captación, la conducían hasta el centro de la población. Recogiendo la tradición madrileña, que atribuía a los árabes la construcción de los “viajes”, J. Oliver (1958) demostró su origen islámico y su relación con el propio nombre de la ciudad. De esta forma, “Madrid” o “Mayrit” sería *“un lugar donde abundan los mayras”, o sea ciertos canales subterráneos propios de una técnica hidráulica oriental, cuya adopción por los mayrities y cuya singular conservación por los madrileños determinó siempre la historia peregrina de nuestra Capital”*.

Estos “mayra” o “qanat(s)”, conocidos en Madrid como “viajes”, suministraban el agua a la población desde los lugares de captación, situados a más o menos distancia del núcleo habitado. La técnica, con palabras de J. Oliver, consistía *“en <<drenar>> el agua que contienen ciertas capas de arena permeable, las cuales descansan sobre otras impermeables. Para ello, en una zona situada a mayor altura que la ciudad, y a bastante distancia de la misma, se abren una serie de pozos que recogen el agua de las arenas acuíferas, los cuales se unen por galerías subterráneas, construidas generalmente de ladrillo -y de la altura suficiente para poder ser recorridas por el hombre- en cuyo suelo suele ir una cañería de barro por la que el agua camina. Dichas galerías, siempre en suave declive, y siempre con pozos de trecho en trecho, llegan hasta la ciudad, donde se ramifican por el subsuelo de la misma y de sus alrededores, para llenar una serie de arcas sucesivas, casi siempre*



Lám. 9.- Jarro. Vedrio melado. C/ Angosta de los Mancebos, 3.



Lám. 10.- Fragmento de tazón. Decoración de "verdugones" y vedrío verde. Cuesta de la Vega.

subterráneas, desde donde cada una de las cuales pasa el agua en un volumen convenido a las fuentes públicas, casas, huertas y jardines”.

J. Oliver Asín, que pudo visitar varios de los viajes de la ciudad, no consiguió, sin embargo, encontrar ninguno que pudiera datar en época islámica. Quien subscribe, al realizar las excavaciones de la Plaza de los Carros y cuando pensaba hallar un tramo de la muralla del recinto cristiano, pudo confirmar la antigüedad islámica del sistema: apareció un viaje de agua construido antes de la conquista cristiana de la ciudad. A pesar de haber podido estudiar sólo un pequeño tramo de 10 m de largo, se pudo ver con todo detalle su estructura: de sección rectangular, con andén lateral, piedras en su fondo, sin cubierta aparente, pendiente de 1/1000, y pequeñas presillas -también de piedra, de trecho en trecho- (fig. 5; lám. 3). Según los datos obtenidos en la excavación, la topografía original del lugar era la de un barranco con pendiente hacia el sur. Ya en época islámica se utilizó como lugar de vertido de escombros -se encontraron cerámicas de este período y anteriores-; con el paso del tiempo, por su composición, estos

escombros se fueron endureciendo y casi cementando. Más tarde, pero también durante la misma época islámica, se abrió el viaje, precisamente en el punto de contacto entre el terreno natural de arena y el escombros, suficientemente asentado para poder servir de pared al viaje. Finalmente, por razones que desconocemos, el viaje dejó de usarse, sirviendo todo su recorrido como un nuevo lugar donde se volvieron a tirar escombros. Escombros que, por otro lado y también muy cementados, contenían exclusivamente material cerámico islámico, lo que prueba que la construcción del viaje se realizó en un momento bastante anterior a la conquista castellana de 1085.

Por lo descrito, se trataba de un viaje en el último tramo de su recorrido, a cielo abierto. Con una muy bien estudiada pendiente, contaba con un andén lateral de unos 43 cm de ancho -un codo- que iba paralelo a todo su recorrido. Además, todo el fondo del canal se cubría con un lecho de piedras de regular tamaño que, junto a una pequeña presilla, también de piedra, serviría para la depuración del agua que era conducida por él. Según Oliver Asín, hasta esta zona de la Puerta de Moros llegaba uno de los más importantes viajes madrileños -el denominado del Bajo Abroñigal-, que, por la estructura encontrada aquí, muy cercana a este punto, también podría ser islámico. Por fortuna, se ha podido conservar este singular testimonio de un viaje urbano de época omeya, único no sólo en Madrid sino también en toda la Península. El tramo que se pudo excavar -una mínima parte de su recorrido total- no fue de nuevo rellenado de escombros al volver a urbanizar la plaza, por lo que existiría la posibilidad de visitarlo si las autoridades municipales así se lo propusieran.

LOS ENSERES Y DEMÁS TESTIMONIOS DE LA VIDA DEL MADRID ANDALUSÍ

Además de los anónimos excavadores del foso madrileño, del cadí que fue informado del sobresaliente hallazgo de lo que parece que pudo ser un gran animal de tiempos prehistóricos, y de los demás testigos que, asombrados, confirmaron el hecho, muy poco más sabemos de los



Lám. 11.- Fragmentos de atañor. Decoración de "cuerda seca" en melado, verde y blanco. Cuesta de la Vega.

habitantes de esta pequeña población andalusí, que fue Madrid. Conocemos los nombres de algunas personas que aquí nacieron -como el famoso astrónomo y matemático Abu l-Kasim Maslama al-Madjrití (*el madrileño*), entre los ss. X y XI-, vivieron -Abu 'Utman Sa'id b. Salim al-Tagrí (*el fronterizo*), estudioso en Toledo y Guadalajara-, gobernaron -'Abd Allah b. Muhammad b. 'Ubayd Allah, de la familia beréber de los Banu Salim, 'Ubayd Allah b. Yahya, de los Banu 'Isa; todos ellos nombrados por 'Abderraman III en la década del 930- (FELIPE, 1997) o, incluso, se sublevaron, fueron derrotados y murieron -es el caso, a principios de s. XI, de al-Fasih, esclavo de un vendedor de perfumes, que pretende ser 'Ubayd Allah al-Mahdi-, pero muy poco más de lo que fue el transcurrir de su vida diaria.

Como en otras áreas de la España medieval, y con palabras de J. Nuño (2002: 131-2), pretender saber más cosas acerca de cada uno de estos personajes posiblemente sea tarea muy complicada, por no decir que infructuosa, pero lo que sí podemos preguntarnos es cómo era el mundo que les rodeaba, qué había entorno a esas mezquitas, a esos baños, a esas tortuosas calles, qué hacía la gente... Muy probablemente el visitante que hoy pueda contemplar la muralla madrileña -en aquellos momentos en los que no se lo impida la tramoya municipal que, sin ningún respeto, todos los veranos oculta la más antigua construcción de la ciudad- no llegue a preguntarse jamás cómo vestían esos canteros que la levantaron, cómo era su aspecto, cómo era su instrumental, cómo obtenían sus materiales, qué comían, cómo eran sus mujeres, cómo eran sus calles, dónde cobijaban a sus animales, cómo eran sus baños, cómo eran sus cocinas, sus recipientes, sus camas o toda su casa... Y, en otro sentido, qué paisaje contemplaban, cómo eran sus bosques, cuáles eran las especies vegetales que cultivaban, los animales que cazaban, cuál era la cabaña ganadera, etc.

Hasta qué punto no tenemos simplificada la imagen de los personajes medievales y de su trabajo. Y sin embargo, también tuvieron una vida social y privada, también se divertían, enfermaban, y tenían sus preocupaciones y unas celebraciones y cultos religiosos, aunque con una perspectiva de mil años puedan resultarnos unos individuos casi incomprensibles. ¿Cuál era su ritmo de vida?, ¿a qué jugaban?, ¿de qué hablaban los viernes al mediodía después de salir del rezo en la mezquita?. Y, por otro lado, ¿cómo era el entorno en el que vivían?, tanto en lo concerniente al clima de aquella época, como al territorio, al paisaje, a sus cultivos, su cabaña ganadera, etc. En definitiva, lo que merece la pena preguntarse es cómo vivían esas gentes que con su trabajo y su dinero levantaron esa fortísima muralla que hoy aún podemos contemplar; pero también cómo morían esos hombres en una sociedad temerosa, donde los principios religiosos y la idea del más allá eran omnipresentes y regulaban todas sus actividades.



*Lám. 12.- Fragmento de plato. Decoración de "reflejo dorado". Importación del Egipto fatimi.
C/ Angosta de los Mancebos, 3.*

Enseres y artefactos:

De todo ello son protagonistas los diferentes enseres y demás materiales arqueológicos encontrados en las excavaciones realizadas en el solar madrileño. Sin pretender haber tenido por sí mismos cualquier transcendencia histórica, son ellos precisamente los que mejor pueden hablarnos de cómo fue la vida en épocas anteriores a la nuestra. Es decir, todos ellos -desde las más pequeñas semillas a las piedras con las que está construida la muralla, pasando por cualquier objeto cerámico- son unos sólidos, importantes y, sobre todo, objetivos actores, que los historiadores debemos interpretar, tratando siempre de desprendernos en el mayor grado posible de toda la subjetividad que portamos, que es inherente a nuestra naturaleza humana.

Tanto en la zona conocida siglos más tarde como de la Morería como en la Cuesta de la Vega y en la Pza. de Oriente, hay que destacar los abundantes “silos” encontrados (*lám. 4*). Ellos son hasta el momento el único testimonio del poblamiento andalusí de Madrid, ya que los muros,

suelos, patios, etc. de las viviendas de este período parece ser que fueron desapareciendo a medida que se rebajaba el terreno de la ciudad para levantar nuevos edificios.

Al igual que suele suceder en otros yacimientos arqueológicos de este período, los principales y más numerosos restos muebles que nos han llegado del antiguo Madrid omeya son los encontrados en estos rellenos y en los demás escombros arrojados a lo largo del tiempo en los barrancos y oquedades de la ciudad. De entre ellos, hay que destacar la cerámica, ya famosa en la época, pues diversas crónicas nos dicen que en esta ciudad: *“hay una tierra magnífica con la que se fabrican unas ollas que se emplean en cocina durante veinte años sin que se estropeen y que, además, protegen los alimentos contra cualquier alteración en los días de verano”* (Anónimo, ed. 1983: 56). Además de la aquí producida, con gran variedad de técnicas, formas, tipos -ollas, cántaros, jarros (lám. 5), candiles, orzas, tazas, anafres (lám. 6), fuentes, platos, tinajas, etc.- y decoraciones -pintada sin vidriar (láms. 7 y 8) y vidriada monocroma (lám. 9) o mostrando bicromías y policromías (láms. 10 y 11)-, se ha encontrado cerámica importada de lugares como el Egipto fatimí (lám. 12) (RETUERCE, 1988; 1990; 1998). Junto a las piezas cerámicas han aparecido también diversos útiles de trabajo metálicos, de adorno, para la enseñanza -escáfulas con “alifato” árabe grabado- (lám. 13), para jugar -piezas de ajedrez realizadas en talco- (RETUERCE, 1988) o, simplemente, indicativos de creencias y supersticiones -amuletos de plomo o hueso-. Todo lo cual nos habla de una rica y variada actividad que da respuesta a todas las necesidades de la población del Madrid de aquel período.

Paisaje y recursos económicos

Mediante los diversos análisis -carpológicos, antracológicos y palinológicos- realizados en los rellenos de los barrancos y silos mencionados -fundamentalmente de las excavaciones de la Pza. de Oriente- (RETUERCE & ANDREU, 1994-6), se han podido conocer algunos aspectos medioambientales del período, del paisaje del entorno de Madrid



Lám. 13.- Escápula de bóvido. Alifato árabe grabado. C/ Angosta de los Mancebos, 3.

y de los cultivos que se realizaban en su solar o en las huertas inmediatas, además de algunos detalles de la dieta que tenían sus habitantes. En este sentido, no hay que olvidar que el llamado “paisaje natural” es también una “materia” arqueológica, ya que a lo largo de la Historia, todo él, en mayor o menor grado, ha sido utilizado y transformado por el hombre.

Paisaje natural

En cuanto a las características medioambientales o climáticas del período omeya madrileño, según la vegetación obtenida a través de los diferentes espectros polínicos estudiados, corresponden al piso bioclimático Mesomediterráneo, caracterizado por inviernos frescos y veranos templados, lo que coincide con las características climáticas generales del Subatlántico. La presencia de tilos indica la existencia de un suelo fértil y de una cierta frescura y humedad, no solamente edáfica, sino también en el ambiente, pudiendo ser un indicador de temperaturas más bajas y de unos índices de pluviosidad más altos que los actuales en

Madrid. Parece que durante este período, el clima era más benigno y cálido, incluso con etapas secas.

Las formaciones boscosas naturales estaban compuestas por bosques mixtos o núcleos adhesados de encinares, rebollares, quejigares, alcornocales, robledales y enebrales. En las zonas más húmedas, los castañares, y en las zonas más frescas y umbrosas, los tilos. Los abedules y alisos, necesitados de una mayor humedad en los suelos, junto con los olmos, se extendían por las vegas. En áreas especiales de suelo fresco crecían los fresnos (*Fraxinus excelsior* fresno norteño, *Fraxinus angustifolia* fresno). Los nogales ocupaban, probablemente, los ribazos de las zonas cultivadas de leguminosas, crucíferas y gramíneas, junto con los árboles frutales, prunos, etc.. Los sauces y los álamos componían las formaciones vegetales instaladas en las riberas fluviales o cercanas a algún arroyo.

La proximidad del río Manzanares y los arroyos del solar madrileño aportan especies relacionadas con un medio semi-acuático, incluidos en las especies herbáceas de humedales, cuyos representantes más característicos son: Caryophyllaceas: *Dianthus*, *Saponaria* jabonera; Compuestas: *Crepis*, taraxacón capilar, *Bellis*: chirivita o maya y artemisa; Cyperaceas; Liliaceas: espárrago y ajo; Geraniaceas: geranio; Primulaceas: primavera; Ranunculaceas: botón de oro; Typhaceas: espadaña; Umbelliferaeas: *Bupleurum* sp. etc. Todas ellas formaban las zonas de praderas pastos próximas a los arroyos o al río.

Los pólenes y esporas restantes pertenecen a plantas ruderales o de terrenos baldíos: Compuestas: artemisa; Carduaceas: cardo; Chenopodiaceas: *Chenopodium*. cenizo o anserina, *Capsella*. bolsa de pastor; Convolvulaceas: *Convolvulus*. correhuela; Dipsacaceae: *Dipsacus*. cardencha; Malvaceas: Malva; Papaveraceas: amapola; Plantaginaceas: *Plantago*. llantén; Resedaceas: *Reseda*.; Scrophulariaceas, Urticaceas: ortiga; etc. Componían el conjunto de malas hierbas o plantas nitrófilas y hierbas tan cotidianas en nuestro entorno como ortigas, amapolas, malvas, cardos, etc.

Recursos y utilización del suelo

Las especies ruderales mencionadas, como la correhuela, el cenizo, la malva, la amapola, el llantén, etc.. son indicadores de medios influidos por la presencia humana. Se trata de suelos con una elevada proporción de nitrógeno, y casi todos estos géneros corresponden a las nitrófilas o a las plantas que se desarrollan sobre terrenos en barbecho o próximos a cultivos. Las prácticas ganaderas, relacionadas con la existencia de la artemisa, el cenizo o el llantén, han favorecido el mantenimiento de las formaciones arboladas distanciadas utilizando los pastizales y fomentando las formaciones adehesadas.

Otras especies -Gramíneas espigas; Crucíferas: *Brassica* sp. nabo; Leguminosas: *Vicia* sp. arveja común- están conectadas con la actividad agrícola-cerealística y con prácticas agropecuarias. Los pólenes de gramíneas encontradas, independientemente del trigo, podían, junto con las leguminosas, formar parte del forraje utilizado para el ganado, extendiéndose bajo los árboles de las zonas adehesadas, constituyendo las praderas de gramíneas.

Los árboles frutales, prunos, así como los nogales y castaños limitaban, muy posiblemente, las zonas de cultivos. La presencia de pólenes de liliáceas (ajo) y Brasicáceas (nabo) podía deberse a la existencia de huertas ya que tanto el ajo, que se cultiva desde la antigüedad como hortaliza y planta aromática, como las coles, que también fueron conocidas desde tiempos remotos, están ampliamente representadas.

También destacan las Caryophyllaceas: *Saponaria* sp., este género llamado jabonera, del latín “sapo” o jabón, o hierba de los bataneros, podía ser utilizado para la limpieza general, como champú o para eliminar manchas de la piel. Los bataneros ponían las plantas en remojo, luego las hervían y el líquido lo utilizaban para lavar telas. También se utilizaba para lavar a las ovejas antes de esquilas. Los bataneros solían plantar saponarias cerca de sus industrias, en las riberas de los ríos. La presencia de Convolvuláceas (correhuela, campanillas o corregüela) puede

relacionarse con la preparación de hilaturas y tintes de color amarillo y naranja.

Los elevados contenidos de plantas ruderales, nitrófilas y la presencia de gramíneas podría deberse a la proximidad de zonas adhesadas en las que se llevaran a cabo labores ganaderas o en relación con la transhumancia de rebaños.

La falta de pinos en el contenido polínico es poco frecuente en los diagramas polínicos, ya que el índice de dispersión de los pólenes de pinos es muy alto y la producción de palinomorfos es muy elevada. Su inexistencia, en este caso, puede deberse, entre otras causas, a la falta de coníferas en zonas próximas al enclave madrileño estudiado debida a una utilización masiva de su madera en etapas anteriores, por procesos de deforestación selectiva. De todas formas, aunque en poca proporción, sí que aparecen en el registro antracológico: *Pinus pinea-pinaster* pino piñonero/rodeno.

En cuanto a los cultivos, eran muy frecuentes los de huerta, atestiguados por la presencia de melón, coles, ajo y leguminosas (haba), además de árboles frutales, entre los que tenemos la presencia de manzanos, ciruelos (*Prunus spinosa*), cerezos (*Prunus mahaleb* cerezo de Santa Lucía, *Prunus avium-cerasus* cerezo silvestre) e higueras, así como, en menor proporción, de nogales y avellanos. La presencia de la vid en Madrid es una constante durante todo el período andalusí. Asimismo, entre los cultivos de gramíneas destaca la cebada. Sorprende, sin embargo, la ausencia total de trigo. Entre los árboles de interés económico, hay que destacar también la presencia de moreras y olivos, si bien en una no muy alta proporción. También está presente el pino y arbustos como rosales, zarzamoras, endrinos, madroño (*Arbutus unedo*) y agracejos.

Recursos cárnicos. Ganado y caza

A partir de los datos obtenidos de los análisis efectuados en los restos óseos encontrados en diversos solares madrileños (HERNÁNDEZ, 1991; LÓPEZ, 1994) conocemos que, lógicamente, son los mamíferos la base de

la dieta cárnica. Entre ellos, son los ovicaprinos los animales más importantes. Se aprecia una clara diferencia entre el consumo de oveja y cabra. Siendo la primera mucho más abundante, lo que permitiría también la explotación de productos secundarios como la lana. En este sentido, hay que tener en cuenta que los hábitos alimentarios y la fuerte degradación que producen en el entorno, hacen desaconsejable mantener grandes rebaños de cabras en aquellas zonas que no sean marginales o de alta montaña, donde la oveja, por el contrario, se adapta mal.

Los équidos (asnos y caballos), siempre presentes, aunque con escaso número de individuos, denotan que eran parte fundamental en el trabajo agrario y en el transporte. Los perros servían de guardia. También se detecta la presencia de gatos.

En cuanto a las aves, sin ser fundamentales en la dieta, los taxones presentes permiten conocer cuáles eran las especies domésticas, señalan cómo era el paisaje del entorno madrileño de aquel período e indican que la caza de las silvestres era superior a la de los mamíferos de interés cinegético. Así, en yacimiento de la c/ Angosta de los Mancebos (HERNÁNDEZ, 1991) -único estudiado en cuanto a aves de los madrileños-, se diferenciaron 9 especies: gallina -base en la dieta de aves-, perdiz -principal ave de caza-, paloma bravía, avutarda, ortega -primera muestra atestiguada de la especie en un yacimiento peninsular-, cogujada y especies indeterminadas de los géneros *Strurnus* (estorninos) y *Turdus* (tordos). Además, de la representación de la urraca. Ave que, en principio, no es consumida por el hombre, pero que siempre se asocia a él al aprovechar sus desechos.

Por último, las huellas dejadas en los huesos de los restos de los animales analizados indican que, una vez consumidos, los desperdicios permanecían a la intemperie durante cierto tiempo -presencia de huellas de mordeduras de perro- y, más tarde, arrojados a los basureros cercanos (silos abandonados o barrancos), en donde eran quemados.

- ANÓNIMO (ed. 1983): “*Descripción del País de al-Andalus (Dikr Bilad al-Andalus)*”. 2 vol. Ed. Luis Molina. Madrid.
- ANDREU MEDIERO, Esther (2002): “Avance en el conocimiento del sector noroccidental de los recintos fortificados de la ciudad de Madrid”. *Mil anos de fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500)*. Actas do Simpósio International sobre Castelos. Palmela, 2000. p. 871-875. Lisboa.
- CABALLERO, LUIS & ALII: (1983): “Las murallas de Madrid. Excavaciones y estudios arqueológicos (1972 a 1982)”. *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*, 9-183.
- FELIPE, HELENA DE (1997): *Identidad y onomástica de los beréberes de al-Andalus*. Madrid.
- HERNÁNDEZ CARRASQUILLA, FRANCISCO (1991): “Las aves del yacimiento de Angosta de los Mancebos (Madrid)”. *Boletín de Arqueología Medieval*, 5. p. 181-191.
- GARCÍA MUÑOZ, MONTSERRAT (1990): “Excavaciones arqueológicas en el solar de la plaza de la Morería c/v plaza del Granado”. En: *Madrid del siglo IX al XI*. p. 217-222. Madrid, 1990.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, JULIO (1975): *Repoblación de Castilla la Nueva*. 2 vol. Madrid.
- al-HIMYARI (ed. 1963): *Kitab ar-Rawd al-Mi'tar*. Ed. M^a Pilar Maestro González. Valencia.
- LÓPEZ JAÉN, JUAN (1970): *Las murallas de Madrid*. Madrid.
- LÓPEZ LASALA, BEATRIZ (1994): *El mundo arqueozoológico en el Madrid medieval*. Memoria de Licenciatura. Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Biología. Inédita.
- MONTERO VALLEJO, MANUEL (1987): *El Madrid medieval*. Madrid.
- MONTERO VALLEJO, MANUEL (1988): *Origen de las calles de Madrid. Una introducción a la ciudad medieval*. Madrid.
- NUÑO GONZÁLEZ, JAIME (2002): “Arqueología de los siglos románicos en el ámbito de la actual provincia de Palencia”. En: *Palencia en los siglos románicos*. Salamanca.
- OLIVER ASÍN, JAIME (1958): *Historia del nombre de Madrid*. Madrid.
- POUNDS, NORMAN J.G. (1999): *La vida cotidiana: historia de la cultura material*. Barcelona.
- PRIEGO, CARMEN (1990): “Origen y evolución urbanística de la plaza de los Carros”. En: *Madrid del siglo IX al XI*. p. 267-275. Madrid, 1990.
- PRIEGO, C. & RETUERCE, M. (1985): “Informe preliminar a la excavación de la muralla islámica en la Cuesta de la Vega”. *Villa de Madrid*, 83 p. 59-62.
- QUINTANA, JERÓNIMO DE LA (1629): *A la Muy Antigua, Noble y Coronada Villa de Madrid. Historia de su antigüedad, nobleza y grandeza*. Madrid.
- RETUERCE VELASCO, MANUEL (1984): “La cerámica islámica de Calatalifa. Apuntes sobre los grupos cerámicos de la Marca Media”. *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, II. p. 117-136.
- RETUERCE VELASCO, MANUEL (1985): “Informe sobre la excavación arqueológica efectuada en el solar de la Cuesta de la Vega-Calle Mayor”. *Villa de Madrid*, 86, 53-72.
- RETUERCE VELASCO, MANUEL (1988): “Miscelánea islámica madrileña”. *Boletín de Arqueología Medieval*, 2. p. 141-149.
- RETUERCE VELASCO, MANUEL (1990): “Cerámica islámica en la Comunidad de Madrid”. En: *Madrid del siglo IX al XI*. p. 145-163. Madrid.
- RETUERCE VELASCO, MANUEL (1998): *La cerámica andalusí de la Meseta*. 2 vol. Madrid.
- RETUERCE VELASCO, MANUEL (1999-2000): “Madrid. De medina a villa”. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 39-40. XXX Aniversario 1969-1999.

La arqueología madrileña en el final del siglo XX: desde la Prehistoria hasta el año 2000. p. 239-260.

RETUERCE VELASCO, MANUEL (2001): “El agua en el Madrid andalusí”. En: *Historia del abastecimiento y usos del agua en la villa de Madrid*. Coord.: José M^a Macías & Cristina Segura. Confederación Hidrográfica del Tajo & Canal de Isabel II. p. 35-54. Madrid.

RETUERCE, M. & PONCE de LEÓN, P. (1989): “La muralla islámica de Madrid”. En: *Madrid restaura en Comunidad*. Comunidad de Madrid. Madrid.

RETUERCE, M. & ANDREU, E. (1994-6): *Memorias e informes de las Excavaciones arqueológicas de la Pza. de Oriente y c/ de Bailén de Madrid*. Dirección Gral. De Patrimonio. Comunidad de Madrid. Inédito.

TORMO, ELÍAS (1945): *Las murallas y las torres, los portales y el alcázar del Madrid de la Reconquista, creación del califato*. 1945.

VALLESPÍN, OLGA & ALII (1990): “Excavaciones en el solar “Casa de San Isidro”. En: *Madrid del siglo IX al XI*. p. 287-296. Madrid, 1990.

ZOZAYA, JUAN (1983): “Excavaciones en la fortaleza islámica de Qal’at ‘Abd-al-Salam (Alcalá de Henares, Madrid)”. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 17. p. 411-529.